

María La Plañidera

Comentario: Plañidera: Mujer que llora en los duelos y entierros a cambio de dinero.---
- jcds, 02/06/2008, 13:33 ----

María estaba en su casa de Tunte una mañana calurosa y asirocada de finales de Julio, cuando al mirar por la ventana de la cocina hacia el patio aparralado, vio al cura que venía hacia su casa. Salió a abrirle la puerta sabiendo que una nueva muerte había acaecido en el pueblo.

-Hola María, te solicitan en casa de D. Facundo. -dijo Heriberto el cura nada más entrar por la puerta, secándose el sudor con un pañuelo blanco. -

Comentario: Tunte = Santa Lucía de tirajana pueblo de Gran CanariaSiroco = Viento del Sahara, caliente y cargado de polvo del desiertoAgua de Fargas= Agua mineral con gas, típica en la isla de Gran Canaria, viene en botella de cristal con chapa

-¿Quien fue esta vez?

-La hermana de doña Herminia, por lo visto de un ataque de corazón, la traen del hospital esta tarde, sobre las siete. Avisa a tus hermanas.

-De acuerdo, padre ¿quiere un café?

-No, gracias, ya tomé de camino. Pero si me puedes dar un vaso de agua te lo agradezco, que hoy parece que el siroco nos quiere asfixiar.

-Sí. La verdad es que con tanta tierra no me he atrevido a sacar la ropa a secar- Dijo esto mirando las camisas blancas de su marido, Echedey, colocadas sobre sillas en el salón. Con un gesto de disculpa por el desorden-

-No te preocupes así estamos todos hoy en el pueblo.

María fue a la cocina a buscar la botella de agua de Fargas de la nevera y la trajo en una bandeja con un vaso y el abridor. El cura mientras tanto, la observaba pensando que era una pena que tan poca gente creyera ya en su oficio. Estaba seguro de que María y sus hermanas eran las últimas plañideras de la isla y después de ellas no sabía si habría relevo. A la gente no le gustaba el sufrimiento, prefería darle la espalda a la pena en vez de encararla, y frente al dolor, buscaban la distracción. También la muerte había cambiado desde que el empezó a ejercer como cura hasta ahora. En aquella época, hacía más de cincuenta años se velaba durante tres días a los muertos, se mantenía el luto durante cuarenta y la casa del finado permanecía, durante todo ese tiempo, abierta para las visitas de duelo.

Hoy en día, la sensación que tenía D. Facundo era que se vive de espaldas a la muerte. Los muertos molestan y hay que quitárselos de encima lo antes posible. La gente se niega a mostrar dolor y a compartirlo y piensan que mientras antes acabe todo, antes pasará el mal trago y se irán el dolor y la pena. Sólo se vela cuando no queda más remedio, se cierran las puertas de las casas y al día siguiente cada cual sigue con su vida, sin darse cuenta de lo que les oprime dentro. Por eso fue un alivio que el obispado lo enviara a Tunte, un pueblo de tradiciones ancestrales. Donde la muerte aún tiene significado.

Cogió el vaso de agua y se lo bebió de un trago, agradeciendo las burbujas que ayudarían a calmar la sed un rato.

-Gracias María, como siempre has sido muy amable, no te olvides, a las siete.

-Tranquilo padre, ya sabe que iré.

María despidió al cura y como siempre hacía en estos casos, cerró puertas y ventanas y puso un paño negro colgado del parral de la entrada. Eso anunciaría a todos los que viniesen a verla que se estaba preparando para un duelo. Necesitaba unas horas de paz. Llamó a sus hermanas, Soledad y Consuelo para ponerlas al día.

Comentario: Parral: parra que en forma de enredadera sube por columnas y y vigas haciendo que los racimos de uva cuelguen de estas.

Recogió las camisas del salón y decidió meterlas en la secadora, que casi nunca usaba pues le gustaba que la ropa oliera a sol. Terminó con los quehaceres del hogar, cocinó para tres días, cuando acabó con los últimos arreglos, se preparó para el baño.

Se desnudó frente al espejo, le gustó la mujer que le reflejaba, a pesar de que estaba a punto de cumplir cincuenta se veía joven. Su pelo seguía luciendo negro azabache, aunque desde hacía más de veinte años se ayudaba de tintes para lograrlo. Sus ojos verde esmeralda seguían destacando por su brillo. Tenía algunas arrugas claro, pero eran todas de su expresión risueña y dada a las risas. Su figura ya no era la de años atrás y tenía algunos kilillos de más, pero según Echedey, eso le daba más atractivo, al fin y al cabo la había conocido con cincuenta kilos más y se había enamorado de ella. Era una mujer bella y le encantaba mirarse.

Cuando se metió en la bañera de agua tibia, pensó en su trabajo, su primer encuentro con Echedey y como había llegado a convertirse en plañidera. Recordó la casa de sus padres, aparceros en los tomateros de Vecindario.

Comentario: Vecindario: población del sur este de la isla de Gran Canaria famosa por sus tomates

Una casa pequeña de techo de caña, con una sola habitación donde dormían sus padres y siete hermanos en jubones de paja, que hacían de colchón en el suelo. Recordó los días pasados allí. Su hermano mayor, jugaba con ella y con sus hermanas, a cosas que no les gustaban. Ahora sabía que los juegos no eran tales. Las obligaba a hacer cosas horribles desde que eran muy niñas, sin que sus padres se enteraran.

Hasta el día de la sangre, a los siete años, cuando casi la mata de dolor. Lo odió por eso, tanto quiso su muerte, que al mes siguiente se lo llevó una enfermedad fulminante. Ella sabía que había sido la causante. Un día lo habló con sus hermanas, a ellas les había hecho lo mismo. El luto que su madre las obligaba a llevar, no lo sentían por dentro.

Pero la casa se vistió de pena, su madre no quiso escuchar sus historias, se cerraron las puertas y ventanas y el dolor se quedó dentro. De sus otros hermanos, el de en medio siguió haciéndole lo mismo, también murió al cabo de unos meses, no pudo resistir su odio. Más dolor para su madre, más pena encerrada en casa. La muerte se cebaba con ellos, pero no podía soltar ni una lágrima. Cuando tenía escasamente nueve años, su hermana mayor, su preferida, se suicidó tirándose a un barranco. No pudo soportar el recuerdo de los perversos juegos de sus hermanos. Su madre se terminó de encerrar en su mundo de llanto y oscuridad, del que ya nunca salió.

A partir de esa muerte, María empezó a engordar sin tino, poniendo capas y capas a su dolor. A los trece años ya pesaba ciento diez quilos, a sus dos hermanas les pasó lo mismo y tanto en el colegio como en el vecindario se reían de ellas. Terminaron las tres refugiándose en aquella casa llena de dolor, sin salir a la calle. Al poco tiempo murió su padre en un accidente y su madre, envenenada de tanta muerte le siguió el mismo año.

Quedaron las tres solas, con dieciocho, veinte y veintidós años, cuando su último hermano vivo decidió emigrar a Venezuela intentando con la distancia cambiar el sino de su suerte. No pudo llegar, murió ahogado en un temporal en mitad del Atlántico.

Solo se tenían ellas, pero no había consuelo ni lágrimas, las tres gordas en su casa, cautivas de su dolor, sin nadie que se les acercara, con fama de llevar la muerte con ellas. Todo el mundo las rehuía y las llamaban las hermanas cuervo, siempre de luto siempre de negro, siempre en silencio.

Hasta que un día el caso de las tres hermanas llegó a oídos de Echedey Chemida, hombre joven y de gran corazón. Echedey era hijo de una estirpe cuyo linaje se remontaba hasta Fernando Guanarteme, era natural de Telde, ciudad de magia y brujería por antonomasia. De hecho, en su familia siempre había habido videntes y sanadores, como su madre, su abuela y sobre todo su tía Fela.

Comentario: Fernando Guanarteme: último caudillo aborigen de Gran Canaria, principal artífice de la conquista por parte de Castilla

Había estudiado antropología y estaba a la sazón en la zona de Santa Lucía de Tirajana, haciendo una estadística de rasgos cromañónicos en los habitantes de la comarca del sudeste de la isla de Gran Canaria.

Se enteró del caso un día tomando café en el bar, hablando con los aldeanos de la zona, alguien sacó a colación casos de brujería y “mal de ojo”, tema que le interesaba mucho. Se comentó el caso de las “hermanas cuervo”, las tres gordas temidas por atraer la muerte. Echedey insistió en que quería conocerlas y no cejó en su empeño hasta que consiguió la dirección.

Al día siguiente, cuando acabó su trabajo, se dirigió a la zona donde vivían las hermanas, en medio de los invernaderos de tomates cerca del pueblito de Arinaga. Al llegar observó apesadumbrado el estado ruinoso de la chabola. Las paredes agrietadas, color gris mortero de los bloques de hormigón, la techumbre de cañas viejas, la puerta y ventanas de madera quemada de tanto sol. Se acercó a la puerta y la golpeó tres veces suavemente. Se oyó ruido de sillas en el interior, un cuchicheo y un arrastrar de pies. Al cabo de unos segundos una preciosa voz rítmica y aflautada dijo

-¿quién es?

-Hola, me llamo Echedey y he venido a verlas

-¿Lo conocemos de algo?-dijo la voz aún sin abrir-

-Bueno... en realidad no, pero me han hablado de ustedes y quería conocerlas

-¿Ah sí? ¿Y desde cuando nos hemos convertido en una atracción turística?

-No, no, verá, es que estoy haciendo un estudio de la zona, buscando vestigios guanches y me han hablado de ustedes en ese sentido, como que su familia es originaria de esta zona.

La puerta se abrió y dio paso a la penumbra, la mujer se había retirado detrás de la puerta y oyó que su voz dijo un simple,

-Pase

Entr en la casa, era pequeña, de una habitación que hacía las veces de todo. Estaba en perfecto orden a pesar de la miseria. Pero lo más chocante era la infinita sensación de desgracia que flotaba en el ambiente. Se le agarr al estómago y estuvo a punto de caerse. Las tres hermanas estaban de pie en silencio, junto a una mesa, en la semipenumbra de la habitación, las tres con los ojos bien abiertos, observándolo desconfiadas.

Se fijó en cosas que le extraaron, en esa vivienda, tan pobre que ni siquiera el techo, de caizo viejo, les cubriría de un aguacero. Se colaban pequeños haces de luz por entre las cañas que lo formaban y por las grietas de la madera de las ventanas. Lo que evitaba la obscuridad total. En una pared había una estantería llena de libros, las paredes estaban llenas de dibujos pintados sobre hojas de papel, pegadas sobre cartón y clavados con tachas. Junto a los jubones de dormir enrollados se vislumbraban dos timpls y un pequeño acordeón.

-Buenas tardes, muchas gracias por dejarme pasar a su casa. Me pueden decir sus nombres?-dijo dirigiéndose a las tres gordas de negro y ojos grandes que lo miraban expectantes-

-Yo soy María -dijo la que le abrió la puerta, que era la más alta de las tres y llevaba la voz cantante.- ellas son Soledad y Consuelo, mis hermanas.- Mientras decía los nombres iba sealndolas y ellas hacían un gesto de asentimiento, esbozando una sonrisa tímida-

-Les importa que encienda la luz?-dijo Echedey buscando un interruptor que no encontró-

-No tenemos

-Como que no tienen? Y qué hacen de noche?

-Usamos velas- esta vez fue soledad la que habl, muy tímidamente-

-Y no abren nunca las ventanas de día? Aún hay sol me dejan que abra una?

-No se puede, hace más de diez años que mi madre las clav para que no se abrieran nunca más. -esto lo dijo Consuelo, la rubia-

-Me permiten?

Sin esperar respuesta se dirigió a una de las cuatro ventanas de la habitación, la que daba al sur y de un golpe seco, la desclav. Al hacerlo, cayó completa hacia fuera con

ruido de cristales y maderas rotas. Los cuatro dieron un respingo en la habitación, que se llenó de luz. Cuando se volvió hacia ellas y empezaba a disculparse, se quedó de piedra. El sol de la tarde entraba ahora por la ventana y vio todos los dibujos en su esplendor, los colores, las figuras, los paisajes. Eran de una belleza espectacular.

Antes de poder articular palabra, se dirigió a la estantería de libros, y su sorpresa iba en aumento. Herman Hesse, Goethe, Cervantes, Valle Inclán, Unamuno, Homero, y así uno detrás de otro, los grandes clásicos de la literatura. También poesía, Juan Ramón Jiménez, Octavio Paz, Pablo Neruda, García Lorca, Antonio Machado. Y un gran fajo de folios escritos con una letra infantil, pero cuidadosa. Al volverse, vio que estaban mirando a su alrededor perplejas. Se dio cuenta de que no habían visto la luz del sol dentro de aquella habitación desde hacía al menos diez años.

Las miró, esta vez con más respeto, se fijó mejor en cada una de ellas ahora que la habitación estaba iluminada. Las tres eran mujeres de gran belleza natural a pesar de estar desfiguradas por la gordura. Cada una era diferente a la otra, María era morena con el pelo largo, de ojos verde esmeralda. Soledad, rubia con el pelo ondulado y ojos color miel. Consuelo, pecosa de pelo largo rojizo y rizado, ojos de un color azul intenso. El contraste entre ellas era mucho más evidente ahora con la luz que a su llegada. Las tres iban vestidas con trajes raídos negros.

Antes de empezar a disculparse por lo de la ventana, María tomó la palabra.

-Gracias- dijo con voz suave, sonrisa tímida y ojos brillantes- gracias, no sé por qué no lo habíamos hecho antes. ¿Quiere tomar algo?- seguía mirando a su alrededor encantada.

-¿Tienes café? Aunque tiene que ser rápido tengo que ir a una ferretería a comprar los materiales para arreglarles la ventana. Y por favor, tutéame, el que me trates de usted me hace sentir mayor y solo tengo veinticinco años.

-No, no tenemos dinero para comprar café y nadie nos ha regalado. Pero puedo ofrecerte una infusión de hierbas de nuestra huerta. No te preocupes por la ventana, creo que está mejor así.-Dijo María con una sonrisa franca de dientes blanquísimos-

-¿Y de que se alimentan?

-Del huerto, que tenemos ahí atrás, de la leche que nos da la cabra y los huevos de las gallinas, algunas veces, los vecinos de Arinaga, que pasan cerca de la casa para sus faenas en los tomateros, nos dejan cosas en la puerta, aunque nunca tocan y si nos ven, se alejan. Creo que les damos miedo, piensan que llevamos la muerte con nosotras. También algunas veces nos mandan una caja de comida que se va a caducar del supermercado de un primo de mi madre, al que no hemos visto nunca.

Echedey se iba haciendo una idea de cómo vivían aquellas tres mujeres, no sabía si podía disimular su cara de horror. Con lo cual cambió de tema.

-Perdonen que las interroque tanto, pero ¿Quién ha pintado todos esos dibujos?-dijo señalando las paredes-

-Los hago yo -dijo orgullosa Soledad- me ayudan a sentirme mejor ¿te gustan?

-Más que eso, me encantan. Son buenos ¿Te puedo comprar alguno?-Es verdad que le encantaban, pero además estaba teniendo ideas para ayudar a aquellas tres pobres-

-No, no, te los regalo, tengo más y siempre puedo hacer otros

-¿Quién te enseñó?

-Nadie, desde pequeñita siempre me gustó pintar. Algunas veces voy a zonas apartadas y miro, dejo que las cosas entren en mí, después vengo aquí, me siento y lo dibujo. Otras veces simplemente lo imagino de lo que nos lee María de los libros.

-¡Ah! Los libros. Esa es otra pregunta que quería hacerles, ¿son suyos? ¿De dónde los sacan?

-Los libros los he ido trayendo yo-dijo María- Verás, la maestra que teníamos en el colegio, sabía que me gustaba mucho leer. Cuando llevábamos un tiempo sin ir a clase, se acercó por aquí. Entonces vivíamos con mamá. Quería que volviéramos a clase, pero nos negamos, los niños se reían de nosotras porque éramos gordas y en mi casa había muchos muertos. Se fue pero a los pocos días volvió y nos trajo un regalo a cada una. A mí me dio varios libros, a Soledad un estuche con lápices de colores y a Consuelo le regaló un timple. Siguió viniendo durante cinco años, hasta que se murió. La gente empezó a decir que se había muerto porque venía demasiado a nuestra casa y desde entonces nadie más se ha atrevido a entrar. A los pocos días de morir se vino una furgoneta y nos dejó en la puerta diez cajas, tenían libros, varios estuches de lápices y ceras de colores, otro timple y un acordeón además de folios en blanco y varios bolígrafos. Fue su último regalo después de muerta. Pero siéntate y hablamos mientras se prepara la infusión.

-Gracias- dijo Echedey ocupando un asiento junto a la mesa. Vio que había un libro abierto junto a una vela apagada, miró la portada, era el Fausto de Goethe- ¿Estabas leyendo este libro?

-Sí. Bueno, en realidad lo leemos las tres. Yo lo leo en voz alta y ellas se inspiran para hacer algo. ¿Quieres verlo? Sole, enseñale lo que has dibujado y tú, Chelo tócale el timple.-

Diciendo esto se levantó para ir al rincón que hacía las veces de cocina, que no era más que un pequeño poyo de piedra en un rincón, con un hornillo de gas, una palangana que hacía las veces de fregadero y una manguera con un grifo adosado al extremo. El agua que había puesto al fuego en un cazo, estaba hirviendo. Apagó el fuego, y abriendo una cortinilla, color amarillo gastado, debajo del poyo; sacó varias latas. De cada una cogió un puñadito de hierbas y mezclándolas todas las echó en el cazo. Al cabo de pocos segundos, el aroma a hierbaluisa, romero, anís, hierbabuena y manzanilla inundó la estancia.

Mientras tanto, Soledad llevó a la mesa un precioso dibujo de un Doctor Fausto elegantemente vestido con un diablo con cuernos y capa roja rendido a sus pies. El

colorido era espectacular y de un realismo inimaginable para una persona de escasa cultura y sin contacto con el mundo exterior.

Pero lo que ya acabó de rematar aquella tarde, que iba de sorpresa en sorpresa, fue lo que hizo Consuelo. Trajo su timple se sentó y empezó a tocarlo de una forma que Echedey jamás había visto antes. Apoyando el timple entre sus muslos empezó a pellizcar y acariciar las cuerdas en vez de rascarlas que es la forma tradicional de tocarlo. El sonido iba variando, subiendo y bajando tonos, mientras ella con una voz dulce y sin palabras entonaba una canción que ponía los pelos de punta. Se vio transportado durante unos minutos a aquel mundo en el que Fausto hacía su pacto con el demonio Mephistópheles. Al final, el arrepentimiento, el miedo y el amor por Margarita, salía incomprensiblemente de aquellas notas.

Fue en ese instante cuando se gestó en Echedey una decisión que cambiaría la vida de los cuatro. María había puesto sobre la mesa el cazo humeante de la infusión que había preparado, la sirvió en los tres únicos vasos amarillentos de Duralex que poseían, sin interrumpir a su hermana enfrascada en su música. Nadie se movió hasta que Consuelo terminó de tocar. Cuando lo hizo, a Echedey no le quedó más remedio que aplaudir, Consuelo se puso del color de su pelo y avergonzada se tapó la cara.

-No, por favor, no hagas eso que me da mucha vergüenza.

-¡Ustedes no pueden seguir viviendo aquí!- les soltó de sopetón-

- Y donde íbamos a ir, si no tenemos otro sitio.

-Se vienen conmigo, las voy a llevar con mi tía Fela, que tiene una casa grande en Tunte y seguro que las acoge. Si no, a casa de mi madre, me da igual, ustedes aquí no se quedan un día más. ¡Esto no es vida!

-¡Pero hombre! Hace una hora que nos conoces ¿y ya quieres que nos vayamos contigo? - dijo María-

-Sí y la decisión no admite réplicas, ya están recogiendo todo lo que necesiten de la casa y nos vamos.- Las tres lo miraban como quien ve una aparición, con los ojos bien abiertos como platos, asombradas.-

Las hermanas se miraron, a fuerza de ser desconfiadas habían desarrollado el instinto de protección y una intuición fuera de lo común para los seres humanos. Con Echedey, no sentían peligro alguno. Eso las desarmó. Miraron a su alrededor, vieron el estado de la casa y decidieron sin palabras que su vida ahí se había muerto.

-De acuerdo-dijo María que como siempre llevaba la voz cantante-

- ¡Bien! –respondió él con más energía y alegría de la que le hubiera gustado- pues les doy una hora para que preparen sus cosas, voy un momento Vecindario a preparar un par de cosas y vuelvo a buscarlas.

Se despidió de ellas en la puerta, las tres se quedaron con la mano en alto en gesto de despedida, con cara de no creerse que volvería a buscarlas.

Telefonó a su tía Fela, que como siempre, estaba esperando la llamada y antes de decir la primera palabra, le contestó que sí, que las trajera, que las estaba esperando con la habitación preparada. Era fácil hablar con Fela, porque uno tenía que decir poco. Fue a buscar cajas y a coger prestado un furgón grande de seis asientos y antes de la hora estaba de vuelta.

Estaban en la puerta esperándole, excitadas y nerviosas. Tardaron cinco minutos en meter los trastos en el vehículo, cajas de libros, los instrumentos, los dibujos, el cazo de las infusiones y las latas de hierbas. De resto sólo un muñeco de trapo deshilachado recuerdo de su niñez, las pantuflas que había llevado su madre hasta la muerte y un retrato de familia color sepia, testigo mudo de la infelicidad y la tragedia. No se pusieron en marcha hasta que les prometió que al día siguiente volvería a buscar la cabra y las gallinas, que se negaban a dejar atrás.

Era la primera vez que se montaban en un vehículo a motor y que se alejaban de la casa en muchos años. Lo miraban todo y por todo preguntaban. Para ellas era la aventura de su vida. Echedey de vez en cuando las miraba y sonreía al ver sus caras nerviosas. Tardaron un buen rato en cruzar el atasco de Vecindario para dirigirse a la carretera de Tunte, una vez allí en tres cuartos de hora estaban frente a la casa de la tía Fela.

Fela los esperaba en la puerta, era una morena espectacular, bellísima, de ojos rasgados negros y profundos que lo traspasaban a uno cuando lo miraban. Recibió a su sobrino con un beso rápido y fue hacia las chicas que aún no habían salido del furgón.

-¡Vengan mis niñas a que esperan! Denle un abrazo a la tía Fela.-Abrió sus brazos y bajaron una a una a abrazarse a ella-

-¡Manoloooooooo, ven a ayudar hombre!-vociferó hacia la casa-

Manolo, que era el compañero de Fela desde hacía unos años, era un hombre de metro veinte, esmirriado, pero con una fuerza descomunal que no aparentaba. Lo conoció en un viaje al pueblo de "El Burguillo del Buen Camino", famoso por su circo y sus bodas. Trabajaba en el circo como "el enano más fuerte del mundo", sorprendiendo a la concurrencia con levantamientos de pesas de más de cien kilos con una sola mano. Salió de la casa con una sonrisa de bienvenida y saludó alegremente a las muchachas. Cargó de un viaje todas las cajas de libros haciendo alarde de su fuerza y equilibrio. Echedey cogió el resto y entraron en la casa.

- Bueno mis niñas, bienvenidas a su nuevo hogar- les dijo Fela-

-Gracias señora,- le dijeron las tres a un tiempo-

-De señora, nada, que bastante puta he sido yo en esta vida. A partir de ahora me llamarán tía Fela, con eso basta y tutéenme.

Ellas se miraron espantadas por las palabras de Fela, pero su sonrisa y el cálido abrazo de bienvenida fueron suficientes para tranquilizarlas.

-Pues gracias tía Fela- se lanzó María la primera como siempre-

-Bueno, ahora al grano, lo primero que van a hacer las tres es tomar un baño relajante, que me da la impresión que esos cuerpos no conocen aún lo que es una bañera ni el jabón, ni el champú ni la colonia ni...-se calló y lo dejó ahí- Cuando se quiten esa ropa negra y horrible la meten en una bolsa para tirarla, arriba en la habitación tienen ropa de su talla. Y ustedes dos vayan a la cocina y tómense algo mientras me encargo de ellas.-Esto dirigiéndose a Manolo y Echedey, como a Fela no hay forma de discutirle, así lo hicieron-

Al cabo de una hora bajaron tres desconocidas con Fela, María con una túnica verde esmeralda que hacían juego con sus ojos, soledad con una túnica roja con su pelo rubio y ondulado cayéndole en cascada sobre los hombros y la espalda. Consuelo venía con una túnica azul que con su pelo rojo y ojos de cielo hacían un contraste increíble. Las tres a pesar de la gordura estaban bellísimas.

Si no fuera porque Echedey las había traído de su casa de miserias, no hubiera creído que se trataba de las hermanas cuervo. Cuando María le miró, su corazón le dio un vuelco. La sonrisa de felicidad lo embargó de un sentimiento nuevo, algo crecía en su interior llenándose de color esmeralda como aquellos ojos que a partir de ese instante, aunque él aún no lo sabía, llenarían sus días y sus noches.

Al día siguiente fue a buscar la cabra y las gallinas, como Fela no tenía donde meterlas convenció a las hermanas para dárselas a Agapito un cabrero de la zona.

Pasaron los días y las muchachas fueron perdiendo el miedo y la vergüenza, se llevaban estupendamente con Fela, a la que adoptaron como madre. Un día, al cabo de un mes, Fela las reunió a las tres y les dijo:

-Hoy van a conocer a alguien muy especial, vamos a ver a Aguedita a su casa, nos va a llevar de excursión, vamos a pasar tres días fuera, pero no hace falta que cojan nada, sólo el calzado cómodo que les regalé.

A medio día se dirigieron caminando por el barranco hasta la casa cueva de Aguedita, esta les estaba esperando con dos mujeres más. Aguedita se las quedó mirando y le dijo a Fela que sí, que eran ellas. Las tres hermanas se miraron sin comprender. Pero le habían cedido el mando y confiaban en Fela. Aguedita abrió la marcha por el sendero que pasaba delante de su casa, caminaron por montañas y riscos hasta el atardecer. A pesar del cansancio, caminaron sin quejarse. Llegaron a un acantilado sobre el que había un pequeño círculo, como para ocho o diez personas sentadas. Reventadas por el sobrepeso, con la respiración agitada las hermanas se sentaron en el suelo sin poder aguantar más.

Cada una eligió un sitio para hacerlo, formando sin darse cuenta un triángulo dentro del círculo. Fela miró a Aguedita y ésta asintió con la cabeza.

Aguedita comenzó a hablar.

- Hasta este momento no les he dicho el propósito de este viaje, ni quienes somos, ni que queremos de ustedes. Mi nombre, como Fela les dijo, es Águeda, pero todos me

conocen como Aguedita la plañidera. Ellas son Rosa y Carmen, también plañideras. Las hemos traído porque Fela sabía desde hace meses que iban a llegar y que nuestra misión es iniciarlas en el arte de plañir. Tal y como nos enseñaron a nosotras más o menos a su edad. Imagino que saben lo que es una plañidera y a lo que nos dedicamos ¿no?

-No

-Pues una plañidera es una mujer que sabe llorar. ¿Ustedes han llorado han alguna vez?

-Sí, claro, muchas veces-dijeron mirándose unas a otras-

-¿Creen que han llorado de verdad? A ver señálense el punto desde donde les sale el llanto.

Ellas miraron sin comprender.

-No se a que se refiere, yo cuando lloro, lloro, no sé desde donde lloro, no me pongo a pensar en ningún punto. Imagino que lloro desde el alma.-Dijo Consuelo-

-Yo tampoco sé desde donde lloro-esta vez fue Soledad-

-Yo creo que sí sé-dijo María ante la mirada sorprendida de sus hermanas- desde aquí, desde el corazón – se señalo el centro del pecho-

-¿Y cómo te quedas después de llorar?

-Mal, me noto una opresión en el pecho y la espalda.

-Muy bien ¿ustedes que dicen? ¿Sienten lo mismo después de llorar?

Asintieron con la cabeza y aguedita continuó.

-Bien, ahora les voy a explicar una serie de cosas que ahora les va a sonar a chino, pero no se preocupen. Simplemente escuchen con atención, lo que les voy a decir estos tres días se irá abriendo paso en su mente y llegarán a comprenderlo perfectamente. Para empezar, nosotros somos energía, todas las personas lo somos y de esa energía una parte la usamos en este mundo y otra la usamos para anclar a los muertos con nosotros. La energía con la que anclamos a nuestros muertos, es la culpa, el resentimiento, la rabia y el amor mal entendido y egoísta, también podemos llamarlo como “el miedo a perder”. Todo esto provoca una cosa que vamos a denominar genéricamente como “dolor”, que es la mayor energía negativa que produce un ser humano. Pero la energía es sólo una, mientras más usemos para el anclaje a los muertos a través de ese dolor, menos nos queda para vivir y ser completos en este mundo.

Hay tres poderes liberadores que le ha dado Dios al hombre. El primero es el perdón, el segundo el amor y el tercero el “llanto purificador”.

Para poder perdonar, hay que saber qué se perdona, para eso es necesario hacer una revisión sincera sobre la persona que se fue y poner en claro nuestra relación con ella, en qué ha afectado en nuestras vidas. Sólo así sabremos qué perdonar.

El amor nos sirve para poder querer a una persona sin necesidad de que esta sea perfecta, aceptando sus errores, pero sin ocultárnoslo. El que ama sólo por las virtudes terminará odiando cuando aparezcan los defectos. Por eso amar sin vendas en los ojos ayuda a liberarnos.

Por último el "llanto purificador" es especialmente liberador y ayuda a los otros dos poderes. Una vez la persona ha llorado, le es más fácil amar, reconocer y perdonar. Pero el llanto es el poder más fácil de escabullir y no todo llanto sirve, por eso siempre que hablemos de llanto hablamos del purificador. Nosotras les vamos a enseñar a conectar con el sitio dentro de ustedes donde se encuentra todo el dolor acumulado en sus vidas, después las vamos a ayudar a liberar el llanto purificador desde ese sitio. A esos nos dedicamos y en el futuro lo harán ustedes también.

Lo primero que tienen que saber es que el dolor es universal, todo el mundo siente dolor, pero así como no es malo sentir dolor si se le libera, cuando no se hace, se enquistado dentro y el dolor enquistado mata a los vivos y perturba el sueño eterno de los muertos anclándolos a nosotros e impidiendo su marcha al otro mundo. ¿Van entendiendo lo que les voy diciendo?

-Pues...algo sí, pero no todo-dijo María-

-Bueno, es igual, probablemente tarden años en entender lo que les estoy hablando ahora y no es lo más importante. Ustedes tres tienen un don del cielo, aun no lo saben pero les ayudaremos a que lo descubran. En estos tres días que vamos a estar aquí va a haber momentos en que creerán que se van a morir, otros en que preferirán estar muertas, pero al tercer día resucitarán, porque hay nuevas personas dentro de ustedes que quieren emerger.

El cielo había oscurecido, y se había tapizado de estrellas, la noche era oscura y solo se veían las siluetas unas a otras. María sintió miedo de aquellas palabras y sus hermanas estaban demasiado lejos como para reconfortarse en una mirada, un gesto o un contacto. De repente por primera vez en su vida se sintió sola de verdad. Notó que una tristeza inmensa la invadía por completo.

Aguedita siguió hablando mucho rato, ellas se iban amodorrando con sus palabras, hasta que de repente María soltó un grito. Había visto a Aguedita y a las otras iluminadas con una luz intensa que partía de su interior. Si hubiera podido ver en la oscuridad habría visto la sonrisa de complacencia de Fela. Nadie dijo nada, al cabo de un rato fue Soledad y después Consuelo las que gritaron al ver lo mismo. Fela les dijo que estuvieran tranquilas que se dejaran llevar por la modorra, mientras decía esto, Abrió los brazos y levantó las manos creando sobre sí un arco de fuego.

Las tres se quedaron espantadas por la visión, pero algo les impedía decir nada, la tristeza y la modorra las arrastró a un sueño tortuoso y agitado. Las tres soñaron lo mismo, estaban en la casa con sus padres y hermanos, revivieron su vida con cada

acto, cada dolor, cada tristeza, todo les fue llegando en una lenta agonía que las sumió a las tres en el mismo grito desgarrador. Estuvieron gritando sin parar hasta el amanecer. Se levantaron sorbiendo mocos y roncadas de tanto gritar.

Cuando despertaron, cada una de las tres recibió la atención de una de las mayores. Aguedita se hizo cargo de María. Carmen la segunda, de Consuelo y Rosa que así se llamaba la tercera, de Soledad. Mientras, Fela preparaba los desayunos, que había traído de una cueva cercana en una talega de cuero que llevaba colgada al hombro.

Una taza de leche caliente de cabra con gofio, unas rebanadas de pan bizcochado con mantequilla y queso blanco. Las hermanas agotadas por los gritos, llantos y la caminata del día anterior, no tenían hambre. Pero Fela les insistió en que era todo lo que iban a comer hasta la noche.

Una vez acabado el desayuno, las mayores se levantaron y se pusieron en marcha, las llevaron por un nuevo sendero y bajaron el acantilado hasta donde corría un arroyo que formaba un gran charco, junto a una pequeña cascada. Allí las hicieron desvestirse y las metieron en el agua fría y transparente hasta la cintura. Fela fue una por una santiguándoles la frente y echando un rezado, cuando terminaba, las sumergía en el agua durante unos segundos. Durante ese tiempo, las tres mayores, con los pies en el agua decían una letanía "Que el agua santa de este arroyo, conecte con el agua de tu dolor y te ayude a iniciar el llanto purificador". Las voces guturales con que iban entonándolo eran estremecedoras, parecía más dirigido al otro mundo que a este.

Las muchachas, rendidas, no paraban de sollozar, sumidas en la tristeza y el agotamiento. Las sacaron del agua y las dejaron secar al sol en la orilla, sobre una piedra plana con manchas parduzcas. Una vez secas, al cabo de media hora, Fela sacó de la talega un fardo que contenía tres túnicas blancas y le dio una a cada una. Tanto Fela como las otras tres hicieron también el rito de purificación en el estanque. Siempre de la misma forma, solo que cuando le tocó el turno a Fela, fue Aguedita la que tomó su lugar en el rezado y santiguado.

Cuando salieron, las cuatro desnudas se sentaron a secar sin pronunciar palabra. Era una imagen extraña para cualquiera que hubiese pasado por allí, ver a aquellas tres mujeres mayores con sus carnes flojas, desnudas, junto a Fela, una auténtica afrodita, con cuerpo y andares de pantera, que podía ser modelo de cualquier revista para hombres. Las cuatro sentadas, con las piernas cruzadas en posición parecida a la del loto con las manos unidas en posición de rezo; y tres chicas jóvenes, de notable obesidad. Una rubia otra morena y otra pelirroja, mirándolas mientras hipaban y sorbían, enfundadas en sus túnicas albas, reluciendo bajo un sol de justicia.

Al cabo de un rato, se levantaron y sin mediar palabra Fela cogió de su saca cuatro túnicas más, todas negras y le dio una a cada una. En silencioso ritual se las pusieron. La túnica de Fela a diferencia de las otras tenía un ribeteado dorado. Recogieron toda la ropa que habían llevado hasta allí y la metieron en la saca.

En ese momento, María empezó a temblar y levantándose corriendo se abrazó a Fela llorando.

- He sentido algo horrible, en este lugar pasó algo terrible hace años con un niño-dijo entre sollozos, jadeando por falta de aire-

- Sí. Ya te enterarás de toda la historia. Ahora tranquilízate que nos vamos. –No es que le sorprendiera demasiado, ya sabía de los dones de María, pero no imaginó que fuera a “ver” tan pronto, ni que lo primero que vería sería la historia de Agapito el cabrero-

Siguieron el curso del riachuelo barranco arriba, tras tres horas de ardua caminata, llegaron a la cueva donde estaba el naciente. Para entrar tuvieron que encaramarse a las piedras de un derrumbe, que tapaban la entrada hasta dos metros de altura, a través de las cuales se derramaba el principio del arroyo. Primero subió Fela, con agilidad gatuna, Aguedita la siguió, sin esfuerzo ni ayuda a pesar de sus más de sesenta años. Entre todas ayudaron a subir a las hermanas, que agotadas por el sobrepeso, no tenían fuerzas para trepar.

La cueva tenía una forma irregular, con las paredes de color verde. El techo, a gran altura, se iba estrechando a medida que subía. En su cúspide un agujero permitía la entrada de un rayo de sol, que a las doce del mediodía caía hacia el centro de la cueva e iluminaba las paredes haciendo que el verde brillara como si hubiera miles de estrellas. A la hora que entraron, ya había pasado ese efecto y aunque entraba claridad, sólo iluminaba un lado dejando el otro en penumbras.

Las paredes brillaban con la luz por la humedad del agua que rezumaba y resbalaba por ellas. Toda la cueva era un receptáculo que recogía, filtrada a través de la roca porosa toda el agua de los alrededores, que caía hasta el interior en forma de cascadas y creando el riachuelo que habían seguido hasta allí. Las chicas a pesar de estar agotadas y descompuestas se maravillaron por la belleza del espectáculo.

Del agua emergía una pasarela de roca que se mantenía seca y llevaba hasta una grieta en uno de los extremos más profundos, que formaba una segunda cueva más pequeña, seca y recogida. Tiritaron al entrar, pues la temperatura dentro no superaba los veinte grados cuando en el exterior estaban a más de treinta. Dentro de esta segunda cueva que quedaba en la penumbra, había antorchas a la entrada que aguedita y Fela se encargaron de encender. Al iluminar la estancia, las chicas vieron que la textura y el material de las paredes eran distintos, de piedra roja de diferentes tonalidades que variaban con el reflejo de la luz de las antorchas. Formaba una estancia de poco más de diez metros en forma de capilla, con una hendidura en la pared que albergaba una figura oscura de mujer.

Fela y Aguedita se acercaron y pusieron frente a ella tres velas, una verde una azul y otra roja. Les dijeron a las niñas que cada una encendiera la suya, para ello les dieron una vela larga y blanca con la mecha encendida.

María se acercó la primera y encendió la vela verde del color de sus ojos, Consuelo y Soledad encendieron la suya, azul y la roja. Lo hicieron sin pensarlo, entre sollozos, sabiendo cada una la que tenía que elegir. Fela sonreía a Aguedita complacida.

Colocaron cuatro antorchas en los soportes preparados para ello y les indicaron a las chicas que se sentaran en una piedra plana que había frente al santuario.

Aguedita retomó la palabra donde la había dejado la noche anterior.

- Ayer les hablé de cómo el dolor nos ancla a los muertos y como esto nos impide vivir y a ellos les impide descansar. También hablamos de los tres poderes de liberación que Dios le ha dado al hombre. El Perdón, El Amor y el "Llanto Purificador". También existe aparte de estos tres poderes otros dones del cielo que ayuda a ciertos humanos a no morir de dolor a pesar de no haber utilizado ninguno de los tres poderes, y son "La Creación" y en igual medida "La Interpretación" y por último "La Videncia"

Hay humanos que son capaces de conectar con el centro de su dolor y usarlo como centro de una actividad creativa. Esto ocurre especialmente con las artes, llámese música, escultura, pintura, escritura, danza etc. Pueden crear desde su núcleo de dolor y esto les ayuda a liberar parte del exceso de presión que les llevaría a una muerte segura. Pero, solo sobreviven aquellos que finalmente logran entender lo que están haciendo. Hay muchos artistas que creen que la creación les salva de enfrentarse a su dolor porque de ahí sale su creatividad. Tienen miedo a perder su centro de creación si resolvieran sus anclajes con el "más allá". De lo que no se dan cuenta es que la resolución de sus anclajes no solo no va acabar con su creatividad sino que la va acrecentar. En realidad el dolor no es más que un medio para conectar con la creatividad, pero no es la creatividad en sí misma. Para que lo entiendan, es como si ustedes creyeran que la cabra da leche por comer periódicos, pero cuando empieza a comer yerba aumenta la producción. Lo mismo pasa con la interpretación, el que interpreta conecta con el mismo centro de dolor, por eso hay algunos cantantes, por ejemplo, que hacen llorar con sus interpretaciones, porque conectan con nuestro propio centro de dolor y lo reflejan. Porque como he dicho ya, el dolor es universal.

La Videncia, es especial, porque la función del vidente es especial. El vidente tiene la misión más dura, porque a través de su dolor conecta con el dolor de los demás y es capaz de ver los anclajes y comunicarse en los dos mundos. Aunque esto no viene al caso, hay varias clases de videntes, los hay que "ven" en el sentido más preciso de la palabra. Ven los centros de dolor de cada ser humano y ven sus anclajes con quien son. Ven cosas y gente que no está, ven a los muertos que tiene cada uno que se acerca y ven cosas que estos quieren mostrarles, incluso el futuro. También están los que oyen. Estos, escuchan las palabras que vienen del otro mundo y los fantasmas les hablan.

Por último están los que sienten. Este tipo de videncia suele ser la más dura de todas. Porque normalmente al que siente ni le hablan ni ve, pero cuando una persona está delante, siente su centro de dolor como si fuera suyo. Siente los anclajes y lo que producen tanto en el vivo como en los muertos. Este tipo de vidente suele estar desinformado y se deja constantemente influenciar por estados de ánimo que le traen. No tienen medios de protegerse del dolor de los demás y todo lo que está dentro de ese centro de dolor se le traspasa como si fuera el suyo propio. Cuando el muerto de alguien se le acerca, le hace sentir también la desesperación, la necesidad de liberarse y los sentimientos hacia la persona que se lo trajo. Algunas veces, estos

videntes sin saber por qué actúan como médium y si es capaz de retirar su control, dejan que desde el “más allá” hablen con los de aquí. Pero suele ser una experiencia dura y traumática para el que la sufre.

Los que tienen este don, son personas sumamente delicadas, enfermizas y de las que hay que cuidar, porque suelen estar indefensas frente a su don. Son precisamente los que más necesitan que se les ayude a entender su don y a emprender el camino del “Llanto Reparador” pues sólo aprendiendo a llorar serán capaces de vivir. Sus anclajes con el otro mundo son extremos, pero también son, a pesar de su vulnerabilidad, los únicos que pueden entrar y salir del infierno de los demás sin quedarse atrapados en él.

- ¿María te suena esto que te está diciendo Aguedita? –preguntó Fela mirándola-

María había estado sollozando todo el tiempo sin poder contener las lágrimas. Sentía una terrible opresión en el pecho, como si le ardiera, trataba de respirar profundamente pero solo podía hipar.

- Sí. Me... me... suena... Me doy cuenta de que eso me pasa a mí... siempre ha sido así, toda mi vida.-todo esto lo dijo en medio de un llanto incontrolable mientras hipaba y movía los hombros y el pecho espasmódicamente con cada respiración-

María recordaba como sentía el dolor de su madre como si fuera suyo, el de su hermana Isabel, antes de suicidarse. Su padre... incluso sus hermanos. Los niños en la escuela, la maestra, siempre había sentido el dolor de todos y cada uno de ellos. Nunca había sabido cómo protegerse, por eso había comido y engordado, pensando que sólo así podría evitar sentirlo. Pero no había servido de nada. La alcanzó como un rayo junto al charco después del baño, había sentido como un hombre odioso había violado a un niño y sabía que la mancha oscura de la roca era sangre de ese chico.

Ahora ya no podía seguir hablando ni pensando, las imágenes de sus hermanos abusando de ella la atravesaron. Su pecho estalló y empezó a aullar rendida. Sus hermanas empezaron a aullar también contagiadas en el llanto de dolor y el aullido de pena. Al rato, las tres cayeron al suelo y empezaron a revolcarse sin poder parar entre lamentos y gritos desgarradores. Estaban reviviendo otra vez su infancia y su dolor.

Fela hizo un gesto de asentimiento a las otras tres que se sentaron y empezaron a emitir un aullido agudo, buscando el mismo tono que el de las chicas. Cuando lograron conectarlo, empezaron a guiarlo, adueñándose de él, haciendo que fuera bajando poco a poco. Al cabo de un rato, el aullido se había convertido en un lamento profundo, cada vez más profundo en las entrañas. Las chicas fueron empujadas al tono, acercándose al centro de su dolor, sintiéndose morir, aterradas sin querer entrar en él. Aguedita y las otras, estaban llorando desconsoladamente en un lamento indescriptible. Finalmente, las chicas estaban empezando a seguirlas en el mismo lamento. Cada vez más hondo, más profundo, hasta que se perdieron dentro de ellas.

Fela que lloraba, fuera de la escena, volvió a hacerle un gesto a Aguedita, que asintió y cada una de ellas fue hacia la niña que tenía a su cargo, sin parar de gemir, las

tumbaron boca arriba y les colocaron las palmas de las manos abiertas sobre el ombligo.

Solo Fela veía la luz del gemido, solo ella veía el llanto de las niñas acercándose cada vez más al centro del dolor y solo ella vio como con las manos las tres plañideras guiaban la energía del llanto en su último paso hacia el centro desde donde se produce el llanto verdadero, el "Llanto reparador". También fue ella la única que vio el fogonazo de luz que se produjo cuando las tres al mismo tiempo llegaron a su centro. Cómo los centros de las seis se unieron arrastrándose las unas a las otras en una sinfonía de dolor difícilmente descriptible.

Horas estuvo Fela viendo los espíritus de los hermanos y los padres de las tres. Todos le aullaban sabiendo que era la única que los veía, llorando, rogando el perdón pidiendo que aquello se acabara y Fela tranquilizándolos, diciendo que tenía que ser así. Que era el camino de su liberación que tuvieran calma. Veía a los hermanos con toda la carga de culpa y arrepentimiento, a los padres, a la hermana. Todos conscientes del dolor que habían causado a las chicas, sufriendo por ellas.

Durante toda la noche estuvieron encerradas en la cueva en aquella constante agonía, hasta que por fin las chicas se quedaron dormidas y todas pudieron descansar. Durmieron hasta bien avanzado el día.

Cuando las chicas despertaron se encontraron a sus tres custodias acunándolas y acariciándoles el pelo con gran mimo. María abrió los ojos y se encontró a Fela a su lado, junto a Aguedita.

- ¿Cómo te encuentras? –le preguntó-

María la miró y luego volvió los ojos hacia dentro como para explorarse.

- Hambrienta –dijo con una sonrisa feliz, mientras se estiraba y se abrazaba a Aguedita-

- Jajaja, bien, eso es buena señal, quédate ahí quieta que te traigo una bebida

María buscó con los ojos a sus hermanas, ambas estaban tumbadas sonrientes y la miraban también. Fela les trajo una infusión, que había preparado con el agua pura del afluyente, en un fuego que había encendido la noche anterior en uno de los pequeños rincones que formaba la cueva.

-Hmmm... está deliciosa, a ver... lleva... Amapola, tila, un pequeño toque de eneldo, anís y menta poleo.

-¿Cómo sabes tanto de hierbas? -Esta vez sí que cogió a Fela desprevenida, la miró sorprendida.-

- Aprendí con los libros, entre los primeros que me regalaron había uno de hierbas, como plantarlas y para qué se utilizan. De ahí saque las ideas para el huerto que teníamos en casa. Las que no podía cultivar, me las traían del supermercado cuando nos traían las cajas con la comida caducada. Debe ser que vieron el huerto y les dio pena.

Fela asintió sin decir nada. En ese momento Aguedita se levantó y volvió a hablar.

-Bueno, hoy no quiero darles mucha charla, sé lo cansadas que se encuentran. Sólo les quiero añadir un par de cosas de las que ya les he dicho en estos dos últimos días.

Hay otra forma de mantenerse alejados del dolor, de la que no hemos hablado, que algunas personas practican toda su vida.

Es la disciplina. La disciplina, ayuda también a enfrentar el dolor, pero tiene varios inconvenientes. El primero es que puede llegar a convertir a la persona que la practica, en fría y distante, la segunda es que la puede transformar en dura y quebradiza y la tercera, que solo funciona con la fortaleza mental y física de quien la practica. Por último y el peor de todos, es que hace que el sufrimiento y el dolor interior crezca y se acumule con el tiempo. Un día se acaba la resistencia y el dolor acaba por vencer, pero entonces ya es tarde.

Otra cosa que tienen que saber, es que aunque el dolor es humano, los hombres tienen más capacidad para defenderse de él. Tienen vías de escape de las que la mujer carece. Los hombres doloridos se refugian en el sexo, el trabajo, el juego, el alcohol o cualquier otra cosa que se los quita de la cabeza. La realidad es que lo único que hacen es aplazar lo inevitable, pero les permite sobrevivir. A las mujeres sin embargo, el dolor no resuelto les va invadiendo todos los ámbitos de la vida hasta que las mata.

También quería hablar hoy un poco más sobre la videncia y las funciones de la plañidera. Ayer les dije que había tres tipos de videntes, pero existe un cuarto. Es un tipo de vidente muy especial al que se le ha dado la capacidad para ver, oír y sentir, suelen ser muy pocos en el mundo en cada generación. Ustedes tienen la suerte de conocer a uno, Fela.

Fela es de una estirpe de videntes de esta isla, cuyo linaje se pierde en el tiempo hasta antes de la conquista. Pero su historia se las irá explicando ella a su debido tiempo.

Por último les voy a hablar del papel de las plañideras, que a partir de hoy será su profesión, aunque puedan hacer otras cosas al mismo tiempo. Yo por ejemplo soy maestra de instituto jubilada, daba clases de historia. Rosa tiene una tienda de ropa en el pueblo y Carmen es funcionaria en el juzgado de san Bartolomé de Tirajana. Nos reunimos varias veces al año, no solo por los duelos, también lo hacemos para hacer revisión de nuestras vidas, eso nos ayuda a mejorar nuestra labor.

Por supuesto, esto que hemos hecho con ustedes lo harán a su vez con otras, pero muy pocas veces en la vida. Cada vez hay menos plañideras, la gente no cree demasiado en lo que hacemos ni en su valor terapéutico. La función principal que tendrán será la de llorar en los duelos, ahora saben desde donde se llora, no hace falta que me digan cómo se sienten, se les ve en la cara. Ese punto desde donde sale el "llanto liberador" no todo el mundo puede alcanzarlo sin ayuda, exige un tremendo desgaste de energía, por eso no todo el mundo puede ser plañidera. Hay que tener una configuración especial de la energía para serlo, ustedes la tienen, las tres. A Fela

se lo habían comunicado desde el más allá y en cuanto las “vio” supo que eran ustedes las que estaba esperando. Se van a poder mover hacia ese punto cada vez que quieran, en cuanto practiquen. Aunque pueden hacerlo solas, les recomiendo que vayan siempre en grupo, la suma de las tres disminuye la cantidad de energía necesaria para hacerlo.

De lo que se trata con su llanto, es provocar que los demás logren acercarse a su propio dolor y arrastrarlos con el suyo. Cuando lloren por el muerto de otro, aunque no lo hayan conocido, no se preocupen porque lo que conectarán es con su propio dolor, con lo cual al terminar, ustedes se sentirán también mejor.

Y por ahora, basta. Lo único que quiero que hagan es, apaguen las velas en honor a la madre y salgan a la luz del día, porque ahora les toca vivir.

Las tres hermanas se sorprendieron cuando se levantaron, era como si se hubieran quitado cien años de encima. Sentían una inmensa necesidad de reír, de hablar, de comentar todo lo que habían pasado desde que salieron de la vieja casa, de lo que habían sentido estas dos últimas noches. Apagaron las velas y salieron de la pequeña cueva para entrar en la grande, lo que vieron fue un espectáculo indescriptible de luz y color, se quedaron extasiadas mirando.

Era el medio día solar, la luz entraba de lleno por el agujero en el techo de la cueva, brillaba en todas las paredes reflejando miríadas de estrellas, que titilaban en ellas. El rayo de luz solar daba de pleno en el centro de la caverna, iluminando el agua transparente que se embalsaba en ella. Varios helechos colgantes crecían en oquedades, rezumando agua por sus hojas. La entrada brillaba especialmente en un día pleno de luz y de sol. Salieron ayudándose unas a otras a trepar el desprendimiento de la entrada.

Se maravillaron con el paisaje, las vistas desde allí, barranco abajo era increíble. Por alguna razón el día anterior no repararon en los palmerales, las adelfas y los cañaverales. Las pendientes de los riscos plagadas de tuneras y pitas sabias. La vida, todo estaba vivo, sentían el zumbido de las abejas, el piar de los pájaros. Canarios, palmeros, pinzones azules, mirlos y unos periquitos que parloteaban en las copas de las palmeras. Parecía como si vieran el mundo por primera vez... y probablemente así era.

Caminaron de vuelta a casa, parándose a almorzar junto a la cascada donde se habían bañado el día anterior. Se repitió la escena de limpieza y santiguado. Fela se llevó a María aparte y habló con ella.

- Lo que viste ayer aquí es verdad, pero el niño al que le ocurrió eso no lo sabe. Quizás alguna vez te lo encuentres en el pueblo, sentirás deseos de contárselo, no debes hacerlo. Tú tienes un don especial, es diferente al de tus hermanas, eres vidente, de las que sienten. El llanto purificador, te ayuda a liberarte, pero también te abre el canal hacia los demás. A partir de ahora quiero que te observes, que te fijes en tus estados de ánimo, tienes que aprender a controlarlo, porque o controlas el don o el don te posee y te desquicia. Iremos trabajándolo poco a poco, te iré dando técnicas y me ayudarás con ciertos trabajos. Hasta que lo domines.

- Sí. Vale, ahora la verdad es que no tengo muchas ganas de hablar de eso, pero solo contéstame algo ¿Es verdad que los muertos se acercan a mí, para hablar? Eso me da miedo.

- Sí. Es verdad, pero no tienes por qué asustarte. Nunca vienen a hacerte daño, solo vienen a que les comuniques a sus seres queridos que los aman y los perdonan, que ahora son ellos los que tienen que perdonarles todo el mal que les hicieron en su vida. Para que los dejen ir en paz. Algunas veces es doloroso, pero en compensación te van a hacer sentir el amor hacia sus seres queridos de una forma que nunca habías sentido. Pero tranquila, de eso ya hablaremos, hay tiempo de sobra. Si seguimos te vas a atragantar.

-Sí, es lo que siento, que me estoy atragantando de tanto que he sentido y conocido estos últimos días. Gracias Fela.

Diciendo esto le dio un abrazo intenso, tanto que a Fela se le saltaron las lágrimas y se puso a llorar. Las otras se acercaron y todas la abrazaron al mismo tiempo y lloraron juntas, aunque esta vez de felicidad.

A su vuelta a casa les esperaban Manolo y Echedey que se miraron cuando las vieron llegar. Las hermanas habían cambiado, estaban radiantes de felicidad. Hablando las tres al mismo tiempo, intentaron contarle cosas a Echedey, hasta que Fela las paró en seco y les dijo que la iniciación es algo personal y secreto, que no debían hablar de ello.

En un momento en que Echedey se apartó del grupo, María vino hacia él sonriendo, estaba guapísima y sus ojos brillaban como nunca. Se cogieron de la mano en silencio y salieron a dar una vuelta, con el corazón henchido de amor sin palabras. Estas llegarían después en torrente, al cabo de un año decidieron casarse. María y sus hermanas habían adelgazado increíblemente, sin régimen ni esfuerzo, tanto que Echedey llegó a asustarse. Pero Fela lo tranquilizó diciéndole que era normal, ya no tenían que proteger el dolor ni protegerse de él.

La tía Fela les organizó el viaje al Burguillo del buen Camino, donde conocieron al padre Chano, recién llegado a la parroquia y a Casilda. Se casaron allí, después del peculiar cursillo prematrimonial. Ella en su traje de novia talla treinta y ocho estaba espléndida, de blanco con sus ojos verdes refulgentes de felicidad.

Hoy en día llevan casi treinta años de feliz matrimonio.

Sonó el timbre de la puerta, María miró el reloj, las cinco de la tarde, le faltaban dos horas para el duelo, ahí llegaban sus hermanas. Bajó corriendo y se abrazó a ellas, hacía un mes que no se veían. Se sentaron en el salón, hablaron de sus cuitas un rato y se prepararon para el duelo.

.... Pero eso es otra historia

